

12 de diciembre Nuestra señora de Guadalupe

¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?

Hoy es un día especial para todos los mexicanos. Es la fiesta de nuestra Madre, Madre del Verdadero Dios por quien se vive. Ella nos ha convocado a esta celebración; nos sentimos hermanados en la misma fe, en la misma Iglesia. Al escuchar la palabra de Dios que hoy se proclama, de manera particular en el evangelio, en el cual se narra la visita de la Virgen María a santa Isabel, inmediatamente lo asociamos con la visita que nos hizo nuestra Señora de Guadalupe en el mes de diciembre de 1531.

Después de haber recibido el anuncio del arcángel Gabriel y de haber concebido en su seno al Hijo de Dios, María siente la necesidad de ir en ayuda de su parienta, quien en edad avanzada está también en cinta. Así, se pone en camino hacia la casa de su prima por la región montañosa de Judea: "La Virgen tierna y pura no caminaba sola, llevaba al Hijo de Dios en el trono de su corazón..." (Friedrich von Spee). Toda la persona de María está llena de Dios y de su obra.

Ante la presencia de María y de Jesús en su vientre purísimo, Isabel llena del Espíritu Santo exclama: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?... ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!".

Aquel glorioso 12 de diciembre de 1531, María se encamina presurosa hacia las montañas del Tepeyac, a visitar a este pueblo que estaba sufriendo, pero no vino sola, nos trajo al Hijo de Dios. En la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, ella aparece con una cinta negra alrededor de la cintura, una prenda que usaban las mujeres aztecas cuando estaban esperando. Ella, nos trae no solo consuelo, alegría, esperanza, sino ante todo nos trae al Hijo de Dios, pues ella la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, por quien se vive. María, quiere atendernos, escucharnos, aliviar nuestros males, solucionar nuestros problemas, alcanzarnos la salvación por medio de su Hijo, por ello nos dice con tanta ternura y amor: ¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿No soy tu salud? ¿No estás por ventura en mi regazo?... "

Estas palabras encierran el misterio de nuestra predilección: ¡María es nuestra Madre! ¡María es Madre singularmente amorosa de los mexicanos! María es nuestra Madre porque lo fue de Cristo, y nos ama con el mismo amor con que amó a su Hijo. El cristianismo es armonioso y bello, porque junto a la figura de Cristo aparece la dulce, la tierna, la celestial figura de María... en el corazón inmenso de María todos los corazones caben, en él todos somos predilectos; somos predilectos de

María; el amor de María es como el de Dios, no busca el bien ni la hermosura ni la grandeza, sino que busca hacer el bien a sus hijos que tanto ama.

Que nobleza tan singular a la que nos ha elevado María; pero, también es cierto que nobleza obliga; es decir, amor con amor se paga. María nos ama con predilección, y nos quiere buenos y grandes: cristianos de peso completo, no cristianos que se queden a medio camino; nos quiere personas realizadas, audaces y extraordinarias; nos quiere felices.

¡Oh Virgen Inmaculada Madre del verdadero Dios y Madre de la Iglesia! Tú, que desde este lugar manifiestas tu clemencia y tu compasión a todos los que solicitan tu amparo; te pedimos por todos los obispos y sacerdotes, para que conduzcan a los fieles por senderos de intensa vida cristiana, de amor y de humilde servicio a Dios y a las almas.

Contempla esta inmensa mies, e intercede para que el Señor infunda hambre de santidad en todo el Pueblo de Dios, y otorgue abundantes vocaciones de sacerdotes y religiosos, fuertes en la fe y celosos dispensadores de los misterios de Dios.

Concede a nuestros hogares la gracia de amar y de respetar la vida que comienza, con el mismo amor con el que concebiste en tu seno la vida del Hijo de Dios. Virgen Santa María, Madre del Amor Hermoso, protege a nuestras familias, para que estén siempre muy unidas, y bendice la educación de nuestros hijos.

Esperanza nuestra, míranos con compasión, enséñanos a ir continuamente a Jesús y, si caemos, ayúdanos a levantarnos, a volver a Él, mediante la confesión de nuestras culpas y pecados en el sacramento de la penitencia, que trae sosiego al alma. Te suplicamos que nos concedas un amor muy grande a todos los santos sacramentos que son como las huellas que tu Hijo nos dejó en la tierra.

Así, Madre Santísima, con la paz de Dios en la conciencia, con nuestros corazones libres de mal y de odios, podremos llevar a todos la verdadera alegría y la verdadera paz, que vienen de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que con Dios Padre y con el Espíritu Santo, vive y reina por los siglos de los siglos. Amén (*México, enero de 1979, IOANNES PAULUS PP II*).

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)